



## "Germánicos contra bereberes": la construcción de una posición popular de sujeto en/contra el discurso contrahistórico joseantoniano

Mario Donoso Gómez

Université Paris 8 Vincennes-Saint-Denis  

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.93631>

Recibido: 14-01-2024 • Aceptado: 27-05-2025

**Resumen.** "Germánicos contra bereberes", artículo de José Antonio Primo de Rivera en el que se describe la historia de España como la lucha estructural de dos razas opuestas (germánicos y bereberes), contrasta con una lectura clásica de la derecha donde el enemigo, como afirma Carl Schmitt, constitutivo de la sociedad, es exterior. Así pues, este artículo debe comprenderse desde lo que Foucault llama una contrahistoria, un relato histórico marcado por una irreconcilable tensión entre dos razas que constituyen la misma sociedad. Desde esta perspectiva, es posible, con los elementos que propone el discurso pero contra el discurso mismo, elaborar una lo que Mouffe y Laclau llaman una construcción popular de sujeto comprendida en términos de bereberización.

**Palabras clave:** enemigo; antagonismo; raza; historia; contrahistoria; minoría; masa.

### [en] "Germans against Berbers": the construction of a popular subject position in/against the Joseantonian counter-historical discourse

**Abstract.** "Germanics versus Berbers", an article by José Antonio Primo de Rivera in which the history of Spain is described as the structural struggle of two opposing races (Germanics and Berbers), contrasts with the classical right-wing reading where the enemy, as Carl Schmitt claims, constitutive of society, is external. This article must therefore be understood in terms of what Foucault calls a counter-history, a historical narrative marked by an irreconcilable tension between two races that constitute the same society. From this perspective, it is possible, with the elements proposed by the discourse but against the discourse itself, to elaborate what Mouffe and Laclau call a popular construction of the subject understood in terms of Berberisation.

**Keywords:** Enemy; Antagonism; Race; History; Counter-history; Minority; Mass.

**Sumario.** Introducción. 1. La articulación de una contra-historia foucaultiana en el seno del fascismo español. 2. La ruptura de la homogeneidad nacional y la interiorización del enemigo: José Antonio frente a Schmitt. 3. Las élites germánicas como motor de la historia española. Conclusiones: la bereberización del pueblo y la producción de una posición popular de sujeto. Bibliografía.

**Cómo citar:** Donoso Gómez, M. (2026). "Germánicos contra bereberes": la construcción de una posición popular de sujeto en/contra el discurso contrahistórico joseantoniano. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 29(1), 77-86.

### Introducción

Dentro de la literatura fascista en España, "Germánicos contra bereberes"<sup>1</sup> es uno de los textos más originales y más heterodoxos, permitiendo múltiples lecturas,

algunas de las cuales pueden servir como dispositivo de resistencia política contra el objetivo del propio artículo. En este texto, donde se pone en cuestión la afirmación de que no hay racismo en el discurso de

<sup>1</sup> J. A. Primo de Rivera. "Germanos contra bereberes" en *Razón española: Revista bimestral de pensamiento*. n.º. 57, 1993, págs. 7-16. Las citas provienen de la edición digital del texto <https://elmanifesto.com/identidad/331594593/Jose-Antonio-y-la-Reconquista-Germanos-contra-bereberes.html> (Consultado junio 2023).

José Antonio Primo de Rivera<sup>2</sup>, el líder de la Falange reescribe en sus últimos meses de vida la historia de España como una tensión irresoluble entre dos razas opuestas, cada una de ellas ocupando las dos posiciones en las que, para Ortega, se divide una sociedad. La minoría es encarnada por la raza germana; la masa, por la bereber.

El relato comienza con una identificación con los invasores. La historia de España, sostiene José Antonio, se ha caracterizado generalmente por establecer una identificación con los invadidos, los autóctonos, contra los invasores; este punto de partida lleva a suponer que España es, en el en realidad, “una especie de fondo o *substratum* permanente sobre el cual desfilan diversas invasiones”<sup>3</sup>. Los invasores, los vencedores, acaban, al final siendo vencidos por el suelo español al terminar hispanizándose. Contra esta lectura, José Antonio se posiciona del lado del invasor al “considerar con orgullo esta tierra no como remota cuna de los míos sino como incorporada por los míos a una nueva forma de cultura y de existencia”<sup>4</sup>. Esta tendencia a identificarse con el invasor godo viene probablemente de lejos. Según Rafael Sánchez Mazas, el líder de Falange era “un godo purísimo, buen conocedor de la desgracia que supuso lo bereber”<sup>5</sup>. Ahora bien es en este texto donde la identificación cobra sentido político explícitamente.

Entre lo germano y lo autóctono-bereber no hay únicamente una distinción racial sino también política. Desde lo germano la patria es comprendida como “razón de destino”. “La organización germánica, de tipo aristocrático, jerárquico, era, en su base, mucho más dura. Para justificar tal dureza se comprometía a realizar alguna gran tarea histórica”. Lo bereber, en cambio, asociado al concepto de masa, conlleva otra visión del mundo ligada a la tierra, a la materialidad del espacio (“razón de tierra”). Entre los dos pueblos no hay fusión alguna:

los pueblos superpuestos, dominador y dominado, germánico y aborigen berebere, no se habían fundido. Ni siquiera se entendían. El pueblo dominador vigilaba el no mezclarse con el dominado (hasta 1756 no se deroga una pragmática de Isabel la Católica que exigía probar pureza de sangre, es decir, condición de cristiano viejo, sin mezcla de judío o moro, aún para desempeñar modestísimas funciones de autoridad). El pueblo dominado, entre tanto, detesta al dominador<sup>6</sup>.

Se trata, una vez más, de la tensión entre España y la anti-España. Ahora bien, este relato histórico así formulado, cuya particularidad debe leerse a la luz de lo que Foucault llama contrahistoria, pone en cuestión no sólo el relato hegemónico de la derecha, que considera al cuerpo de la nación como racialmente homogéneo expulsando lo distinto fuera de sus fronteras, sino al discurso teórico de la derecha.

Lo que en “Germánicos contra bereberes” se pone en juego contrasta, como intentaremos mostrar en este artículo, con la teorización clásica de la derecha, cuyo exponente más avanzado es tal vez Carl Schmitt con su concepción del conflicto. La escisión joseantoniana, apoyándose en una concepción de la germanidad heredada de Ortega pero también de Giménez Caballero, opone dos tendencias que llamaremos vertical y horizontal. La tendencia vertical, heredada de *España invertabrada*<sup>7</sup>, no es sino la estructuración de la sociedad en torno a una minoría directiva que manda porque puede; la horizontal, en cambio, presupone una tendencia fusional democrática que analizaremos a partir del caso del bereber. Desde lo bereber, cuya dimensión política no es presentada sino por oposición, puede ser reformulada como lo que Mouffe y Laclau llaman una posición popular de sujeto<sup>8</sup>. El propósito de este artículo, tras analizar las dimensiones y los efectos de la contrahistoria española formulada en “Germánicos contra bereberes”, es de esbozar una postura popular democrática en el seno del conflicto constitutivo de lo español presentada en términos de bereberización.

## 1. La articulación de una contra-historia foucaultiana en el seno del fascismo español

La descripción de una sociedad escindida entre dos razas antagonicas no es una apuesta original del líder de la Falange. Esta narración tiene como antecedentes el tipo de discurso histórico que en su curso de 1976 Michel Foucault denomina “contrahistoria”<sup>9</sup>. La contrahistoria no es sino un relato nacido en la Inglaterra de los años 1630 y continuado en la Francia de finales del XVII en el que se establece una separación racial entre dos grupos opuestos que comparten el mismo cuerpo social. Esta particularidad racial de la contrahistoria no puede entenderse sino dentro de una estrategia política más amplia cuyo objetivo principal es atacar los fundamentos mismos del relato histórico. Frente a la historia, que es un intensificador del poder, pues que no hace sino mostrar la legitimidad del poder soberano establecido<sup>10</sup>, la contra-historia es un discurso que mina los bases teóricas e ideológicas de todo poder, sostiene Foucault. La narración contrahistórica está atravesada “por un principio de heterogeneidad: la historia de unos no es la historia de los otros. [...] El nuevo discurso hará

<sup>2</sup> Se suele hacer referencia, para afirmar esta tesis, a la respuesta de José Antonio al periodista Ricardo Forte en abril de 1934 donde sostiene que “el hitlerismo —me contesta— tiene algunos principios esenciales que coinciden con los nuestros, pero tiene características alemanas y luteranas que, evidentemente, no se encuadran en la idea romana de universalidad y, ni siquiera, en la española y estos principios se resumen en la palabra “racismo”. Ninguna mente española, educada en la secular tradición de la civilización como hecho espiritual, como dignificación otorgada o impuesta al hombre, incluso al que más se diferencie de nosotros en sus particularidades físicas o biológicas, puede aceptar absolutamente el rígido criterio exclusivista de los racistas alemanes”. (J. A. Primo de Rivera, *Obras Completas*. Madrid: Editorial Plataforma, 2003).

<sup>3</sup> J. A. Primo de Rivera, “Germánicos contra bereberes”, *op. cit.*, *Ibidem*.

<sup>4</sup> A. Gómez Molina, *Las gafas de José Antonio*. Madrid: Ed. Actas, 2003. p. 251.

<sup>5</sup> J. A. Primo de Rivera, “Germánicos contra bereberes”, *op. cit.*

<sup>7</sup> J. Ortega y Gasset, *España invertabrada* in *Obras Completas* tomo III, Madrid, Revista de Occidente, 1966.

<sup>8</sup> E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 2014. p. 118.

<sup>9</sup> M. Foucault, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, México, FCE, 2001, p. 56.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 69.

que los elementos que desde el lado del poder son derecho, ley u obligación aparezcan como abuso, como exacción, desde el momento en que nos colocamos en el lado opuesto”<sup>11</sup>.

De manera simple y brillante, Foucault enuncia la formulación más clara: la conquista, sobre la que toda contrahistoria se asienta, es el adversario invisible de todo Leviatán<sup>12</sup>, ya que el Leviatán busca, ante todo, establecer las bases legítimas de la dominación apelando a un consenso colectivo mientras que la conquista no es sino la fractura irreconciliable entre dos exterioridades sociales constitutivas de un mismo cuerpo político. Continuando esta línea, podemos ir más lejos afirmando que la contrahistoria no es sino la lectura en términos coloniales de la historia de un cuerpo político determinado. Mientras que una historia busca anular la tensión colonial estableciendo una genealogía del poder que genera una relativa homogeneidad colectiva impuesta desde arriba, la contrahistoria rompe en dos el cuerpo social acentuando la dimensión irreconciliable de una colonialidad estructural que hace que una parte, por la fuerza, se imponga sobre la otra.

El discurso de la guerra racial, sostiene Foucault, funciona como contrahistoria hasta el momento en el que la noción de raza es comprendida como un elemento biológico-medical. Así pues, los grandes dispositivos político-raciales del siglo XX como el nazismo son una reterritorialización del discurso contrahistorico al utilizar la raza precisamente para lo contrario de la contrahistoria, esto es para “dar la vuelta a esa arma, de utilizar su filo en beneficio de la conservación de la soberanía del Estado”<sup>13</sup> a partir de tecnologías medico-normalizadoras. Esta intuición foucaultiana no es del todo cierta, puesto que esta narrativa contrahistórica, aunque minoritaria, reaparece en el siglo XX. Se encuentra en las luchas anticoloniales y de manera sorprendente en “Germánicos contra bereberes” donde no hay una concepción puramente biológica de la raza. El relato de José Antonio, donde los elementos raciales no pueden separarse de un marco histórico-político, se asemeja más a la antigua contrahistoria de corte francés formulada por Boulainvilliers que a los dispositivos teóricos del nazismo.

Como Boulainvilliers, José Antonio divide la sociedad española en dos razas, una asociada a lo popular, la otra a la aristocracia. Como Boulainvilliers, José Antonio toma partido y se pone de lado de la aristocracia contra la posición política del pueblo que en “Germánicos contra bereberes” no es ya el absolutismo de corte galo-romano del francés, sino una izquierda definida borrosamente y que pone en cuestión la europeidad española. Contra los germanos, “son los bereberes vencidos que no perdonan a los vencedores —católicos, germánicos— haber sido los portadores del mensaje de Europa”. Hay un odio intrínseco, en lo bereber, contra las instituciones europeas que, desde la reconquista, priman en España. La situación de Boulainvilliers difiere en este punto de la de José Antonio: Boulainvilliers critica el régimen establecido, la monarquía absoluta, y

postula la guerra de razas para denunciar su carácter ilegítimo<sup>14</sup>; José Antonio, al contrario, no quiere sino recuperar lo establecido que, en su coyuntura, se ve amenazado por el elemento bereber. Su dinámica es pues conservadora: mantener y conservar las instituciones católico-europeas instituidas hegemónicamente por la casta germánica que ha gobernado España tras la reconquista.

La dimensión contrahistórica y por ello inaceptable desde una historiografía fascista (y no solamente fascista) de la lectura joseantoniana se pone de manifiesto en el comentario de Jesús Romero Samper, quien intenta corregir la escisión racial para, sin desmentir del todo la postura de José Antonio, encauzarla hacia una concepción clásica de la historia. Así pues, sostiene Romero Samper que “la masa popular no se sentía mayormente a gusto bajo “los moros” que bajo los visigodos, pues la irrupción de aquellos suponía (cuando menos) una brutal ruptura institucional”<sup>15</sup>. Con esta afirmación, desplaza el eje de la conquista: los conquistadores no son los visigodos, pues no establecen una ruptura, sino los musulmanes; así pues, según Romero Samper, los musulmanes son vistos como una alteridad rompe la continuidad del relato nacional. Al mismo tiempo, para reconstruir la legitimación, sostiene que el fondo popular indígena no era norteafricano sino celtíbero, romano y visigodo. Tanto la lucha de razas como la africanización del pueblo, desvela “un parco conocimiento histórico por parte de José Antonio”, que se deja llevar por una semitización de lo hispano cuyos ideólogos obedecen por lo general “a espurios intereses sefarditas”<sup>16</sup>. Romero Samper, sin pretender romper con la autoridad moral y política del líder de Falange, se permite corregir el relato histórico para acercarlo a los parámetros de la historia; así pues, disuelve la diferencia racial y con ella la tensión antagonista en el seno del cuerpo político hispano al expulsar explícitamente al elemento árabe, presentado entre líneas como una alteridad radical frente a la homogeneidad del cuerpo español. El relato contrahistórico, para la derecha, es insoportable.

Cabe señalarse que la contrahistoria no es la benjaminiana historia de los vencidos puesto que, como se ve claramente en el ejemplo de Boulainvilliers y más tarde en el de José Antonio, el elemento minoritario que aspira al poder es clave en las dos narraciones. Como anota Foucault, “sería erróneo considerar que ese discurso de la lucha de razas pertenece, de pleno derecho y por completo, a los oprimidos”<sup>17</sup>; se trata más bien de un discurso polivalente y móvil que puede adoptarse desde posiciones radicalmente opuestas. Ahora bien, este discurso mina las bases teóricas de la homogeneización racial, poniendo en cuestión la historia establecida, y abre la puerta a una reformulación de la posición de los oprimidos.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 81.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 247.

<sup>15</sup> J. Romero Samper, “Algunas refutaciones a “Germánicos contra bereberes”, 70 años de un ensayo en la prisión de Alicante” in *Revista abril*, n.º 112. <http://www.arbil.org/112jesu.htm> (Consultado junio 2023).

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> M. Foucault, *Defender la sociedad*, op. cit., p. 76.

## 2. La ruptura de la homogeneidad nacional y la interiorización del enemigo: José Antonio frente a Schmitt

La corrección que Romero Samper propone del texto no busca sino readaptar el relato joseantoniano al marco clásico de la historiografía, pero indirectamente también de la política. Como señala Foucault, en la Inglaterra del siglo XVII, el relato de la contrahistoria es atacado por un dispositivo teorico-político sin parangón dentro de la historia de la filosofía: el Leviatán hobbesiano. El adversario invisible y por ello más temible del Leviatán es la conquista<sup>18</sup> porque postula una guerra civil permanente como constitutiva de la sociedad. Una oposición semejante puede dibujarse, en el terreno de la extrema derecha, entre la contrahistoria joseantoniana y una tendencia hobbesiana encarnada por Carl Schmitt, pensador paradigmático del antagonismo político cuya lectura del enemigo funciona como dispositivo teórico contra todo relato contrahistórico.

La célebre formulación del enemigo de Schmitt no es sino la teorización más sintética del principio en torno al cual se articula toda práctica fascista de la política desde sus orígenes. Para Schmitt, es desde la guerra que la vida del hombre adquiere su tensión específicamente política. Es en la guerra donde se produce la intensificación específica de una concepción de la política que al no tener sustancia propia se define de modo relacional, por antagonismo. Según Schmitt, lo que busca ante todo un Estado normal es “producir dentro del Estado y su territorio una pacificación completa” para poder así crear la situación normal que permite la vigencia de las normas jurídicas<sup>19</sup>. Esta normalidad no puede sin embargo construirse más que en el marco del conflicto, en la tensión específicamente política contra el enemigo. Ante el enemigo se crea una “unidad política, una “comunidad” política”<sup>20</sup>. Esta unidad política, en la que rige una normalidad jurídica, contrasta con el paradigma de la guerra civil donde, ante la emergencia de un “enemigo interior”, la unidad se disuelve en una tensión destructiva. Del mismo modo que Hobbes, Schmitt espanta el fantasma de la guerra civil; como Hobbes, lo hace a partir de un aparato estatal sólido que no permita fisuras internas por las que las divergencias y los pluralismos puedan colarse: la política de partidos<sup>21</sup> o bien acaba, como el liberalismo, carcomiendo el Leviatán por dentro, dejándolo como una cáscara vacía, o bien termina en el afrontamiento, al politizarse, como la religión en Hobbes, provocando una guerra civil<sup>22</sup>.

La definición de lo político de Schmitt no está exenta de una dimensión racial, aunque esta no siempre sea explícita. Como señala Jean-Claude Monod, en principio el enemigo es designado como cambiante, en un frente de conflictividad móvil, nunca como eterno; sin embargo, este enemigo va

adquiriendo una dimensión xenófoba<sup>23</sup>. Su pensamiento acerca del “enemigo” se ha girado claramente hacia el “enemigo interior”, el judío<sup>24</sup>, como por ejemplo en *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, donde se achaca la disolución del Leviatán al “primer judío liberal”, Spinoza<sup>25</sup>. También la concepción de la unidad de lo político ante el enemigo, unidad descrita en términos de una homogeneidad o “igualdad [a la que] corresponde siempre una desigualdad”<sup>26</sup> tiene un marcado carácter racial. Étienne Balibar señala que, si bien Schmitt no utiliza el término “Rasse” —aunque sí el de “*Artgleichheit*” o “identidad racial”—<sup>27</sup> si que habla de *Gleichartigkeit*, esto es de “homogeneidad o unidad “cualitativa” de la voluntad general [que] es lo que está en juego en el juego de palabras decisivo que transforma la igualdad republicana (y especialmente rousseauiana) en similitud/identidad (en alemán, la misma palabra: *Geichheit*) y de la inclusión democrática en exclusión popular (*völkisch*) de elementos “Heterogéneos”, empezando por el extranjero (o por esos extranjeros disimulados que son los enemigos del interior)” que pueden ser un obstáculo a la homogeneización de la nación<sup>28</sup>. Desde este punto de vista, el discurso racial de Schmitt funciona, como señalaba Foucault a propósito del nazismo<sup>29</sup>, como una reterritorialización del uso de la raza en el relato contrahistórico, pues la raza ya no sirve para deslegitimar las bases de la soberanía sino para afirmar la unidad del Estado soberano.

El relato joseantoniano, al recuperar una lectura de la raza que no pretende servir de base de la homogeneidad nacional, revienta el marco historico-político del conflicto schmittiano reavivando el relato de la guerra civil constitutiva a todo cuerpo político. Mientras que para Schmitt el antagonismo interno puede limar las tensiones locales y constituir una unidad y homogeneidad fuerte, en el discurso de José Antonio las condiciones de la unidad están minadas: la diferencia entre los enemigos es ontológica, no puede haber unificación frente a un tercero. Mientras que Schmitt sitúa la frontera racial en la frontera de la comunidad política, permitiendo así una unificación, José Antonio las sitúa en el interior.

La gran diferencia entre los dos discursos se encuentra en el estatus del enemigo: mientras que en Schmitt el enemigo es por definición externo, en José Antonio es interno. Para Schmitt, la guerra civil, esto es, la aparición de un enemigo interno, no puede terminarse sino expulsando lo heterogéneo fuera de las fronteras de la comunidad política y restituyendo así la homogeneidad. Este proceso de exteriorización no está de ningún modo ausente en la

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>19</sup> C. Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid: Alianza editorial, 2009. p. 75.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>22</sup> C. Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, México, UNAM/ Azcapotzalco, 1997, p. 137.

<sup>23</sup> J-C. Monod, *Penser l'ennemi, affronter l'exception*, Paris, La Découverte, 2016. p. 55.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 47.

<sup>25</sup> C. Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes. Sentido y fracaso de un símbolo político*. México, UNAM: Azcapotzalco, 1997. p. 111.

<sup>26</sup> C. Schmitt, *Sobre el parlamentarismo*. Madrid, Tecnos, 1990. p. 13.

<sup>27</sup> É. Balibar. “Le Hobbes de Schmitt, le Schmitt de Hobbes” in Schmitt, Carl. *Le Léviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes. Sens et échec d'un symbole politique*. Paris, Éditions du Seuil, 2002. p. 19.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>29</sup> M. Foucault. *Defender la sociedad, op. cit.*, p. 82.

derecha española, tanto por influencia de Schmitt, como en el caso de Luis Legaz Lacambra<sup>30</sup>, tanto por influencias autóctonas, como en Vallejo Nájera, por poner uno de los ejemplos más conocidos en torno a la cuestión político-racial<sup>31</sup>. La exteriorización es el proceso de limpieza de lo heterogéneo, la violencia fundacional de una homogeneidad que no puede ser conservada sin mantener perpetuamente viva una forma de conflicto: exteriorizado el enemigo, el conflicto ya no es interno sino externo. Sin la intensidad del antagonismo, sin la constante amenaza exterior, la homogeneidad no puede mantenerse como una intensidad política, por lo que cabe el riesgo de una progresiva desintegración.

Sin embargo, el discurso de José Antonio desplaza la frontera externa hacia el interior en un gesto que a pesar de las distancias puede comprenderse desde la noción de “afuera constitutivo” descrita por Mouffe. La relación con un afuera constitutivo no es una oposición dialéctica, no es una simple negación o afirmación sino una indecidibilidad radical en la tensión<sup>32</sup>. Ninguno de los dos polos puede anular al otro, ninguno de los dos puede definirse sin el otro: se excluyen y se necesitan. En la narración joseantoniana el afuera constitutivo no puede del todo externalizarse; se trata de una tensión irresoluble entre interioridad y exterioridad, una indecidibilidad constitutiva. Los dos elementos raciales que componen el cuerpo social, los dos elementos internos, son a su vez externos: el caso del godo es el más claro, pues es el conquistador, el que viene de fuera; “el andaluz aborigen, semiberebere, y la población berebere que nutrió más copiosamente las filas árabes” no pueden tampoco ser fácilmente distinguidas. “Después de 600, de 700, de casi (en algunos sitios) 800 años de convivencia, la fusión de sangre y usos entre aborígenes y bereberes era indestructible; mientras que la compenetración entre indígenas y godos, entorpecida durante 200 años por la dualidad jurídica y en el fondo rehusada siempre por el sentido racial de los germánicos, no pasó nunca de ser superficial”<sup>33</sup>. El indígena ibérico, el andaluz aborigen, es ya cuasi-extranjero, cuasi-berebere, como el invasor que llegó tras la conquista árabe. Ocurre en este sentido, guardando las distancias, algo similar a lo que ocurre con la *plebs*-multitud de la aristocracia espinosista donde lo local y lo extranjero — que Spinoza llama en latín *peregrino*<sup>34</sup>—, se funden en una sola misma masa en el momento en el que comparten el mismo territorio. Se trata, en definitiva, de dos injertos externos que constituyen la interioridad misma del cuerpo

social, haciendo que lo social siempre esté abierto, en tensión, en razón de la imposibilidad de pensar una exterioridad pura o de una interioridad. Las dos razas se definen por oposición, ninguna de ellas puede erradicar a la otra por la fuerza ni establecer las bases de un consenso común. La sociedad joseantoniana no puede definirse ni por una homogeneización schmittiana, pues no se expulsa a lo otro, ni como consenso colectivo, al no poder disolver los dos opuestos ontológicamente antagónicos. No hay unificación posible: el enemigo no está fuera, es interior sin serlo del todo.

El propósito de José Antonio, ante todo, es de impedir una hegemonía de izquierdas berberizada. Pero ¿hasta que punto su propuesta bélica puede ser pensada en términos de hegemonía? La particularidad del discurso contrahistórico joseantoniano reside en la obligación de pensar lo político en términos de hegemonía: una de las dos clases, o bien por la fuerza o bien por otros medios —aunque en el texto, debido al contexto de la guerra, lo que prima es la fuerza— tiene que ser capaz de establecer un régimen desde el cual someter a la otra sin poder aniquilarla; ello pasa por crear una hegemonía que, aunque basada en la fuerza, pueda apaciguar afectivamente un conflicto perpetuo. Ahora bien, la postura de José Antonio, si ha de ser descrita en términos de hegemonía, debe ser entendida como una “hegemonía por neutralización” o “revolución pasiva” que no es sino el reestablecimiento de una hegemonía que, desde una estructura vertical y manteniendo las relaciones de poder en gran medida intactas, es capaz de neutralizar las demandas de sus adversarios<sup>35</sup>. Se trata, para José Antonio, de una “germanización social y económica de España” como la llevada a cabo por los Reyes Católicos. Ahora bien, es posible pensar desde el discurso joseantoniano y al mismo tiempo contra él la posibilidad de otra forma de hegemonía cuya articulada desde izquierda bereber.

### 3. Las élites germánicas como motor de la historia española

Como no ha dejado de señalarse, las raíces del discurso joseantoniano se encuentran en *España invertida*<sup>36</sup>. En este artículo se recuperan las incipientes nociones ortegianas de minoría y de masa, que empiezan a cobrar forma en *España invertida*, para racializarlas, asociando la minoría a la raza germánica y la masa a la bereber, sino por la recuperación de arquetipo del germano.

De manera implícita, Ortega reproduce, para dar cuenta de las particularidades de la historia española, un esquema de lucha de razas equiparable al de la historiografía francesa. España, país romanizado, recibe, en el ocaso de Roma, como otros territorios del imperio, la invasión de los pueblos germánicos. La

<sup>30</sup> “El realismo político de Schmitt servía como instrumento de reconocimiento de la realidad española bajo el «Estado de Partidos» de la II República: «La nación había dejado de constituir un Estado hallándose en realidad desgarrada en dos Estados distintos». A partir de aquí, el Nuevo Estado se propondrá como meta que tal enemistad interior no volviera a suceder. Y no encontró otro medio que: «Crear de nuevo el Estado Unitario de la nación española, eliminando al enemigo». J. A. López García, “La presencia de Carl Schmitt en España” in *Revista de estudios políticos*, n.º. 91, 1996, p. 143-144.

<sup>31</sup> A. Vallejo Nájera, *Eugenésia de la Hispanidad y regeneración de la raza*. Burgos, Editorial Española, S. A. 1937.

<sup>32</sup> C. Mouffe, *The Democratic Paradox*, Londres, Verso, 2005, p. 12

<sup>33</sup> J. A. Primo de Rivera, “Germánicos contra bereberes”, *op. cit.*

<sup>34</sup> B. Spinoza, *Tratado político* 8/10. Madrid, Alianza editorial, 1986. p. 173.

<sup>35</sup> I. Errejón y C. Mouffe, *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona, Icaria, 2015. p. 90. Sobre la cuestión ver J. L. Villacañas. J. L. *La revolución pasiva de Franco. Las entrañas del franquismo y de la transición*. Barcelona, HarperCollins Ibérica, 2022.

<sup>36</sup> I. Saz, *Germánicos contra bereberes “era como una España invertida vuelta del revés”*. Saz, Ismael. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003, p. 153. Ver también S. Alba Rico, *España*, Madrid, Ediciones Lengua de Trapo, 2021.

desgracia de España es que España recibe a los visigodos, “el pueblo más viejo de Germania”<sup>37</sup> que además, por haber recibido el influjo directo de Roma, esto es por estar “alcoholizados de romanismo”<sup>38</sup>, eran el pueblo más decadente, “más reformado, deformado y anquilosado” que, como anota Alba Rico al comentar este texto, “no supieron defender el único derecho verdadero: el de la conquista”<sup>39</sup>. Mientras que Francia recibe a los francos, pueblo vigoroso que actúa como una verdadera minoría frente al pueblo romanizado, los visigodos, para Ortega, representan una extraña fusión entre dos polos opuestos, el Romano y el Germano.

A pesar de la particularidad de los visigodos, Ortega no deja de insistir en la escisión vital y política entre romanos y germanos. El romano es asociado a una tendencia horizontal a la hora de producir pueblo, pues “lo primero que hace es fundar un Estado” y con él establecer las condiciones de igualdad que conlleva el concepto de ciudadanía y que permite a su vez la fusión entre los miembros del mismo cuerpo político<sup>40</sup>. El germánico, en cambio, concibe el pueblo de otra manera, como un grupo de “hombres enérgicos que con el vigor de su puño y con el valor de su ánimo saben imponerse a los demás y” al conquistar sus territorios “hacerse “señores” de sus tierras”<sup>41</sup>. Para el germano, el derecho proviene del poder: ante la pregunta acerca de quién debe mandar el germano responde “el que puede mandar”; esto no conlleva, según Ortega, una sustitución del derecho por la fuerza sino únicamente el privilegio de quien es capaz de imponerse y por valer más que los demás merece mandar<sup>42</sup>. El romano, sin embargo, de manera dialéctica, más que señor es esclavo de su esclavo<sup>43</sup>, probablemente en razón de la igualdad que establece con su gleba, igualdad democrática<sup>44</sup> que se opone al señorío germano. El discurso de José Antonio se apropia de las características orteguianas del germano omitiendo empero los trazos del visigodo: el germano joseantoniano es el germano puro, no el visigodo romanizado.

La particularidad de la narración joseantoniana reside en la racialización de la escisión social orteguiana entre masa y minoría. Esta afirmación es parcialmente cierta, pues en Ortega esta distinción se presenta ya asociada a componentes raciales, lo latino y lo germano; en José Antonio, sin embargo, se opera una radicalización de esta postura: mientras que en Ortega la racialidad de la minoría/masa tiende a ir desapareciendo en obras posteriores, en José Antonio tiende a exagerarse hasta el punto de hacer de ella el verdadero motor de la historia española.

Cabe preguntarse por qué José Antonio no recupera la figura orteguiana del romano para dar cuenta del pueblo español, sabiendo que esta figura no sólo es heredera directa del discurso orteguiano sino que

a su vez cuadra mejor con un enfoque clásico, privilegiado ampliamente en el marco de la derecha española, y con el relato más extendido de la historia de España. José Antonio decide dejar de lado al romano, casi sin mencionarlo, salvo al principio donde aparece, como el godo, como conquistador, prefiriendo a la figura del bereber.

Por un lado, el bereber joseantoniano hereda las características del romano en Ortega, especialmente su apego a la tierra que José Antonio dará en llamar “razón de la tierra”. Ortega hablará del romano agricultor atado al trabajo agrícola, como el pequeño propietario o el trabajador en una propiedad comunal<sup>45</sup>. Por otro lado, el apego a la tierra del romano y su tendencia fusional se expresan con mayor claridad si cabe en un doble patrón orientalista. Ortega habla de “poblaciones fellahs” esto es de “pueblos labriegos, fellahs, mujiks...” que no se caracterizan únicamente por su apego a la tierra sino por ser “pueblos sin «aristocracia»”<sup>46</sup>. Esta falta de aristocracia proviene de su carácter fusional horizontal, también presente en el romano, cuyo patrón se encuentra ante todo en las naciones asiáticas, opuestas a las europeas<sup>47</sup>. Aun así, José Antonio separa al romano del bereber para hacer de este último el paradigma de lo que en Ortega representa el romano. Es preciso sin embargo añadir, para aclarar la postura de José Antonio hacia Ortega, que lo bereber sirve, en el artículo, para esgrimir una crítica contra Ortega que no llega a conceptualizarse detalladamente, pero que formaría parte de una continuación del texto. José Antonio afirma que “es un tópico (puesto en circulación por la literatura bereber de que se hablará más tarde) el decir que la conquista de América es obra de la espontaneidad popular española, realizada casi a despecho de la España oficial”. Esta afirmación proviene de Ortega, quien afirma literalmente que “la colonización española de América fue una obra popular”<sup>48</sup>; con ello, José Antonio se apropia de una crítica que viene con toda probabilidad de Giménez Caballero<sup>49</sup> y pasa a considerar a Ortega como a un intelectual bereber.

El contraste de “Germánicos contra bereberes” con *Genio de España* de Ernesto Giménez Caballero puede ser fructuoso para comprender el papel de la germanidad dentro de lo español, pero también para situar la herencia romana. Crítico al extremo con el germanismo de Ortega, quien parece que, para subsanar la enfermedad con la que los visigodos contagiaron España, apuesta por una germanización alienante<sup>50</sup>, Giménez Caballero defiende la latinidad

<sup>37</sup> J. Ortega, *España invertibrada*, op. cit., p. 112.

<sup>38</sup> *Ibidem*, 113.

<sup>39</sup> S. Alba Rico, *España*, op. cit., p. 108.

<sup>40</sup> “Todos los demás pueblos conocidos, desde el Cáucaso al Atlántico, se agregan al torso italiano, formando la estructura gigante del Imperio”. Ortega, *España invertibrada*, op. cit., p. 53

*Ibidem*, pp. 113-114.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>42</sup> “El romano no es «señor» de su gleba; es, en un cierto modo, su «siervo», *Ibidem*, p. 114.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 114.

<sup>46</sup> *Ibidem*, op. cit., p. 122.

<sup>47</sup> J. Ortega y Gasset, *Para un libro no escrito* in *Obras completas* tomo III. Madrid, Revista de Occidente, 1966. p. 559.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 120.

<sup>49</sup> E. Gimenez Caballero, *Genio de España*. Madrid, Ediciones Jerarquía, 1938. p. 93.

<sup>50</sup> “¿Qué de extrañar si Ortega el coetáneo terapeuta de la gripe nacional-formulase su remedio de “lo germánico, de lo franco”, como el decisivo de lo español? Ortega, ya en 1914 (año justo de empezar la guerra), y en sus *Meditaciones del Quijote*, no se resignaba a ser moreno y latino” (p. 87). “La tesis “rubia” de Ortega, no es sólo un error terapéutico respecto a la genialidad de España: es algo más grave: una herejía. La máxima de las herejías que puede escuchar España, genio antirracista, por excelencia: pueblo, que dió a los problemas de raza una solución de fe, pero nunca de sangre. España no asimiló al judío, al protestante o al morisco porque fueran

en su forma cristiana como “base de nuestro genio” dando lugar a la “fusión de razas” que, contrariamente al espíritu germánico, que es racista, le permite “negar la raza pura de España”<sup>51</sup>. Giménez Caballero no se propone “llevar la censura del “germanismo en España” hasta el absoluto”<sup>52</sup> sino afirmar el genio de España, que es una combinación del elemento germano, heredado no sólo de los visigodos sino de la casa de Austria, y el elemento católico y fusional; la particularidad de España es ser una síntesis entre la tendencia vertical de lo germano, cuyo arquetipo es el hitlerismo, pero que en lo español aparece ligado a la casa de Austria, y la tendencia horizontal de lo católico-latino, ejemplificado en el fascismo romano.

“Germánicos contra bereberes” se opone precisamente a esa síntesis, y lo hace ensalzando lo germano contra los procesos igualadores o fusionales. En este artículo se reconoce la superioridad de lo germánico pero del modo en el que el racismo germánico afirma esta superioridad. No se postula la unidad de la raza española sino que se reconocen en el seno de un mismo cuerpo político dos razas opuestas que no pueden unificarse: lo español no puede ser considerado una raza pura, como en el nazismo, ni una fusión de razas articulada desde lo germano, como en Giménez Caballero, sino un conflicto racial permanente. La síntesis entre lo horizontal y lo vertical que propone Giménez Caballero no se da en la contrahistoria joseantoniana que se caracteriza por una tensión perpetua entre una visión vertical y una visión horizontal racialmente diferenciadas.

¿Por qué en José Antonio, como ocurre en Ortega o en Giménez Caballero, lo latino o lo cristiano no representa la postura horizontal? En primer lugar, porque lo romano, en José Antonio, no puede identificarse de manera simple y llana con esta tendencia fusional horizontal. Por ejemplo, en una conferencia titulada “España y la barbarie”, la imagen de Roma no es completamente negativa. Roma es el paradigma de lo que en esta conferencia se llaman edades clásicas que son, por oposición a las edades medias, las que están en búsqueda de unidad; Roma está en búsqueda de unidad, y los mejores frutos de Roma no se encuentran en su acometido, sino en su proyecto: “magníficos resortes para cuando se edificaba; inútiles, una vez concluida la construcción”. Unas tesis similares fueron pronunciadas por José Antonio en otra de sus conferencias, según un diario santanderino que, en una reseña, recoge lo tratado por el líder fascista acerca de la decadencia de Roma<sup>53</sup>. La recuperación de Roma en el fascismo revive este paradigma clásico: mientras que Alemania, con su fe colectiva en su instinto racial, es presentada como una superdemocracia, “Roma, en cambio, pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica, que quiere configurar un pueblo desde arriba”<sup>54</sup>.

Además, es José Antonio el primero en enarbolar contra Gil Robles el antirracismo del imperio español, el antirracismo que precisamente, para Giménez Caballero, se explica por el ideal latino y cristiano de España. Declara José Antonio que “el Imperio español jamás fue racista; su inmensa gloria estuvo en incorporar a los hombres de todas las razas a una común empresa de salvación”<sup>55</sup>. Pero esta incorporación contrasta con la escisión racial de “Germánicos contra bereberes”, no sólo porque desmiente el conflicto racial estructural de la sociedad, sino porque identifica el proyecto fascista con la tendencia horizontal que en el mencionado artículo se asocia con lo bereber. En definitiva, parece que, entre lo romano y lo germano no hay verdaderamente una oposición<sup>56</sup>; es por eso que en “Germanos contra bereberes” los romanos, aunque discretos en el texto, aparecen del lado de los conquistadores y no de la masa aborigen, de los conquistados: “Roma y la Cristiandad germánica pudieron transmitir a España la vocación expansiva, católica, de la conquista de América”<sup>57</sup>, una conquista que es presentada como un proyecto catolicogermánico. De hecho, desde la conquista de América se sintetiza el ideal germano y el católico: “la piedra angular de los Habsburgo era la unidad católica de la Cristiandad”. Es una de las razones por las cuales para José Antonio, a pesar de su tendencia fusional, lo romano no entra del todo dentro del paradigma horizontal, pues guarda principios civilizadores europeos que, a pesar de las diferencias, parecen compartir un tronco común con lo germánico.

La segunda razón es que José Antonio encuentra una figura que expresa claramente el elemento igualitario que caracteriza la fusión racial que aquí llamamos horizontal: el bereber. Es de señalar que José Antonio distingue claramente al árabe, que tiene una función de minoría, del berebere. Para José Antonio, el árabe es digno de respeto; el berebere no. “Los árabes, raza muy superior, formaban solamente la minoría directora”<sup>58</sup>; se trata de “una minoría semítica de gran raza” que se opone a otra minoría de gran raza, los godos, durante la reconquista; al final, para desgracia del pueblo bereberizado, la batalla la ganan los godos contra los árabes y España se europeiza. Para desgracia del pueblo llano, pues los bereberes sienten más afinidad política y racial con los árabes que con los godos. Ello se debe al tipo de dominación árabe que era político y militar ante todo, sin un gran sentido de la territorialidad lo que propiciaba que, al no adueñarse de las tierras, las poblaciones locales gozaba de la tierra en forma de pequeñas propiedades o incluso de propiedades colectivas. “El andaluz aborigen, semiberebere, y la población be-

morenos o blondos, sino porque aceptaron o no su credo. La tesis de Ortega, es el viejo mito germánico que tuvo validez allá en el tras Rin, desde el dios Wotan hasta el Los-von-Rom, Y que hoy reverdece con el hitlerianismo, esa nueva mítica de la sangre, del orgullo de raza”. *Ibidem*, p. 88.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 89.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 89.

<sup>53</sup> J. A. Primo de Rivera, *El Diario Montañés de Santander*, 15 de agosto de 1934.

<sup>54</sup> J. A. Primo de Rivera, “España y la barbarie” Conferencia en el teatro Calderón, de Valladolid, 03-03-1935.

<sup>55</sup> J. A. Primo de Rivera, “Al volver”, *La Nación*, 23 de octubre de 1933.

<sup>56</sup> “Pero en las invasiones de los bárbaros se han salvado siempre las larvas de aquellos valores permanentes que ya se contenían en la edad clásica anterior. Los bárbaros hundieron el mundo romano, pero he aquí que con su sangre nueva fecundaron otra vez las ideas del mundo clásico. Así, más tarde, la estructura de la Edad Media y del Renacimiento se asentó sobre líneas espirituales que ya fueron iniciadas en el mundo antiguo”. J. A. Primo de Rivera, “Discurso de clausura del segundo congreso nacional de la Falange”, Discurso pronunciado en el cine Madrid, de Madrid, el día 17 de noviembre de 1935

<sup>57</sup> J. A. Primo de Rivera, “Germánicos contra bereberes”, *op. cit.*,

<sup>58</sup> *Ibidem*.

reber que nutrió más copiosamente las filas árabes, gozaba, pues, una paz elemental y libre, inepta para grandes empresas de cultura, pero deliciosa para un pueblo indolente, imaginativo y melancólico como el andaluz<sup>59</sup>. Los germánicos, empero, al traer consigo el sentido feudal de la propiedad, avasallaron a los campesinos que, con el tiempo, al desarraigarse de la tierra, acabaron siendo jornaleros.

No es pues el árabe quien forma la masa, sino el berebere cuasi autóctono. Desde ciertas corrientes antropológicas de principios del siglo XX, el berebere ha sido presentado como el núcleo étnico de la península ibérica. Buen ejemplo de ello son las tesis del conocido antropólogo Manuel Antón y Ferrándiz quien en *Razas y Tribus de Marruecos* presenta al libio-ibérico como el tipo étnico que “forma el núcleo de la población en toda la Península, y desde el Pirineo hasta el Egipto”; a este tipo “le vemos puro, aquí, en las serranías escabrosas del interior, en las líneas desiguales y quebradas de la cordillera ibérica y de sus ramales, en Aragón sobre todo”. La descripción del patrón libio-ibérico que hace Antón no se limita a los rasgos fisionómicos, sino también a su carácter moral y temperamento político. Antón afirma que son hombres de “genio franco y resuelto, carácter independiente, igualitario, demócrata y separatista<sup>60</sup>. Este tipo libio-ibérico no es otro que el llamado berberisco que “se gobierna por sí mismo, democráticamente [...]. Se retrata el tipo ordinario del campesino español, que vivió también por tribus en constante guerra antes de la dominación romana<sup>61</sup>.”

El bereber joseantoniano, poblador autóctono de la península, es una mezcla de las cualidades del romano orteguiano, no exentas de orientalismo, y del retrato antropológico del bereber producido a principios del siglo XX. A ello se suma la dimensión de barbarie asociada a todo lo que proviene de África. En un artículo titulado “El regreso de la barbarie”, Onésimo Redondo afirma que, a pesar de la expulsión, sigue quedando en España una “morisma interior”; puesto que, tras la reconquista, la península no quedó del todo desfrancizada, “nuestros marxistas son los más africanizados de Europa”.

Si en todo el mundo es esta la conjura judía —«semita»— contra la civilización occidental, en España presenta más delicadas y rápidas coincidencias con lo semita, con lo africano. Vedle florecer con toda su lozanía de primitivismo en las provincias del Sur, donde la sangre mora perdura en el subsuelo de la raza<sup>62</sup>.

Onésimo Redondo amalgama expresamente lo africano con lo semítico, lo judío con lo musulmán<sup>63</sup>,

en una alteridad que, opuesta lo Europeo, representa la barbarie al mismo tiempo marxista y oriental; la barbarie política que para el falangista es el marxismo está enraizada racialmente en la península, especialmente en la Andalucía semita. Redondo es pues el más claro antecedente de José Antonio; sin embargo, a pesar de todo, en su discurso no se articula tan claramente la tensión de la historia española como oposición de dos razas, sino que se mezclan, en un mismo plano, el de la guerra, el fantasma de la invasión externa<sup>64</sup>, el mestizaje racial y una alienación estructural. Todo esto contrasta con la guerra interna, intrínseca a lo español y no a sus fronteras, de José Antonio. En efecto, para Redondo, “este peligro cierto, de la africanización en nombre del Progreso, tiene en España una evidente exteriorización<sup>65</sup>.”

Mientras que lo germano es una minoría señorial, la masa es descrita como una combinación particular de clase y de raza con tendencias horizontales democráticas, pero sobre todo como una proyección orientalista de la anti-España. Sin embargo, como ocurre con otros relatos contrahistóricos, esta formulación puede ser resignificada para precisamente, contra lo germánico, construir un pueblo bereber desde la izquierda.

### Conclusión: la bereberización del pueblo y la producción de una posición popular de sujeto

¿Es posible, desde el texto de José Antonio, apropiarse de lo bereber para construir una posición de sujeto? Para ello es preciso, antes de nada, presentar las características que se le atribuye a lo bereber. Desde luego, hay una filiación afectiva indudable hacia lo bereber desde la izquierda, entrañablemente descrita por Alba Rico. “José Antonio, pues, hace dos cosas, una certera y otra, de entrada, bonita. La primera es contar la historia como la contaría un buen historiador, frente al revisionismo islamófobo al uso; la bonita es localizar en el pueblo esa ternura de los perdedores con la que yo —sentimental fatalismo de izquierdas— también me identifico<sup>66</sup>.” Desde esta identificación, Alba Rico propone un nuevo marco de referencia del relato histórico para comprender hechos excluidos de la historia de España, como Al-Ándalus por ejemplo, presentado siempre como una alteridad radical, como “resistencia “española” contra los bárbaros<sup>67</sup>.” Cabe señalar que la función bereber, como anota Alba Rico, puede ser ocupada por distintos enemigos<sup>68</sup>, lo que permite recrear un relato contrahistórico ocupado no ya por una raza sino por una función o por una posición, la berebere.

<sup>59</sup> *ibidem*.

<sup>60</sup> M. Antón y Ferrándiz, *Razas y tribus de Marruecos*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903, p. 6.

<sup>61</sup> *ibidem*, p. 10. Sobre Antón y Ferrándiz ver J. Goode. *Impurity of Blood: Defining Race in Spain, 1870-1930*. Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2009.

<sup>62</sup> O. Redondo. “El regreso de la barbarie” in *JONS Antología*. Barcelona, Imp. Altés, 1939, pp. 154-159.

<sup>63</sup> “La identificación de la clase trabajadora con los enemigos extranjeros se basaba en una retorcida lógica, por la cual el bolchevismo era una invención judía, y los judíos eran indistinguibles de los musulmanes, de modo que los izquierdistas se proponían someter a España al dominio de elementos africanos. Este razonamiento tenía la ventaja de presentar la hostilidad hacia la clase obrera española como un acto legíti-

mo de patriotismo”. P. Paul, *El holocausto español*, Barcelona, Debate, 2011. p. 88.

<sup>64</sup> “Somos históricamente una «zona de frotamiento» entre lo civilizado y lo africano, entre lo ario y lo semita. Por eso las generaciones que hicieron la Patria, las que nos libraron de ser una prolongación eterna del continente oscuro, armaron su hierro, y nunca le envainaron, contra los asaltos del Sur... Por eso la grande Isabel ordenó a los españoles mirar permanentemente al África, para vencerla siempre, y nunca dejarnos invadir de ella nuevamente”. *ibidem*.

<sup>65</sup> “Este peligro cierto, de la africanización en nombre del Progreso, tiene en España una evidente exteriorización”. *ibidem*. S. Alba Rico, *España, op. cit.*, p. 102.

<sup>67</sup> *ibidem*, 109.

<sup>68</sup> *ibidem*, p. 123.

¿Qué es lo que caracteriza esta posición bereber? El hecho de ser asignada como pueblo. Para José Antonio, “cuando se dice “el pueblo” se quiere decir lo indiferenciado, lo incalficado; lo que no es aristocracia, ni iglesia, ni milicia, ni jerarquía de ninguna especie”. Entonces, se pregunta, ¿forman parte del pueblo las élites intelectuales, políticas, militares o eclesiásticas? “En España no, porque hay dos pueblos, y cuando se habla del “pueblo”, sin especificar, se alude al sojuzgado, al sustraído a su siempre añorada existencia primitiva, indiferenciada, antijerárquica y que, por lo mismo, detesta rencorosamente toda jerarquía, característica del pueblo dominador”.<sup>69</sup> El elemento popular, por antonomasia, es bereber.

En el texto de José Antonio hay un juego con los dos sentidos de “pueblo” que enuncia Laclau: “el pueblo puede ser concebido como *populus* —el cuerpo de todos los ciudadanos—, o como *plebs* —los menos privilegiados—”.<sup>70</sup> El pueblo berebere, en este sentido, es una *plebs*, el pueblo de los excluidos o, por decirlo en términos rancièrianos, *la part sans part*<sup>71</sup>; este pueblo-*plebs* es el prototipo del pueblo. Nada impide pues que el pueblo bereber sea “una parte que se identifica con el todo”, esto es “una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo —es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad”<sup>72</sup>. Esto es lo que precisamente teme José Antonio. Por eso busca construir una nueva hegemonía para neutralizar al elemento popular.

La construcción de una hegemonía popular se construye por la influencia de los intelectuales. Al pueblo bereber, ante las instituciones de corte europeo instauradas por la raza germánica, “les acomete un desasosiego ancestral como el que acomete a los gitanos cuando se les nombra a la bicha”. Esto se explica por un “llamamiento de la sangre berebere” hacia instituciones que odian encarecidamente. Este odio es, sin duda, la raíz de la contrahistoria que Foucault señalaba: las instituciones soberanas no se han asentado sobre ningún consenso o ninguna legitimidad, sino sobre la fuerza<sup>73</sup>; así pues, quienes las sufren no pueden sino odiarlas visceralmente, pues esas instituciones no son sino la fuerza coagulada de una violencia que se ejerce incansablemente contra ellos. Por esta razón “los bereberes vencidos que no perdonan a los vencedores”; las instituciones no son sino el terreno constante de una lucha incesante: no hay perdón, la lucha sigue por otros medios, en una cartografía diferente, la de los aparatos del Estado. Es en este punto donde se entiende el papel de los intelectuales.

“Monarquía, Iglesia, aristocracia, milicia, ponen nerviosos a los intelectuales de izquierda, de una izquierda que para estos efectos empieza bastante a la derecha”<sup>74</sup>. ¿Quiénes son estos intelectuales? El espectro es muy amplio, pues va de Larra a Azaña pasando por Ortega, como señalamos anteriormente. ¿Cuál es el papel de estos intelectuales? En ningún momento se evoca explícitamente, pero puede deducirse que este papel puede ir de la crítica de las

instituciones europeizantes hasta la instauración de una hegemonía bereber. Este papel es el que aparece asignado a la izquierda. “En cualquier escritor de izquierdas hay un gusto morboso por demoler, tan persistente y tan desazonante que no se puede alimentar sino de una animosidad personal, de casta humillada”. La demolición destruye las tendencias jerárquicas establecidas para reestablecer un principio igualitario asociado a lo bereber. Se trata de un proyecto de destrucción de las instituciones operativas en un marco colonial cuya legitimidad, ante el pueblo, reside en la conquista.

La estructura colonial que introduce “Germánicos contra bereberes” es capital para comprender la posición del sujeto popular. La analogía con la colonialidad aparece desde los comienzos del texto, cuando José Antonio, para esclarecer su identificación con los conquistadores, introduce el paralelismo con América. Mientras que la España bereber hubiera preferido extenderse por África, la España germánica prefirió hacerlo por América. ¿Por qué? La respuesta se intuye: la expansión africana es fusional, no jerárquica, como lo prueba el “abundantísimo número de andaluces y levantinos que se trasplantan a Marruecos, a Orán, a Argelia y que viven allí absolutamente como en su casa, como una cepa que reconoce la tierra lejana de donde arrancaron a su ascendiente”<sup>75</sup>. La americana, en cambio, es jerárquica, europea. Por ello, lo germano, tanto en América como en España, reproduce el mismo molde colonial, creando una oposición racial entre conquistadores y conquistados.

La posición popular que se deduce de “Germánicos contra bereberes” reproduce la estructura binaria de la escisión colonial. Es dentro de esta estructura binaria donde aparece lo que Laclau y Mouffe llaman una “posición popular de sujeto”: “Podríamos llamar *posición popular de sujeto* a la que se constituye sobre la base de dividir al espacio político en dos campos antagónicos”<sup>76</sup>. El enemigo está bien definido, como en el caso de “la explotación imperialista y el predominio de formas brutales y centralizadas de dominación, [que] tendería desde el comienzo a dotar a la lucha popular de un centro, de un enemigo claramente definido y único”. Es por ello que “las luchas populares, concebidas de este modo, sólo se dan en el caso de relaciones de extrema exterioridad entre los grupos dominantes y el resto de la comunidad”<sup>77</sup>. Esta “extrema exterioridad” aquí señalada por Laclau y Mouffe, parece, empero, contrastar con la indecibilidad entre lo externo y lo interno que previamente hemos sostenido. La “extrema exterioridad”, en el texto de Laclau y de Mouffe, sirve para distinguir la posición popular de la posición democrática, donde el frente antagónico no se da de hecho, como en la popular, sino que tiene que generarse a través de la agrupación equivalencial de demandas<sup>78</sup>. La exterioridad extrema da cuenta de una situación donde hay dos polos separados, exteriores el uno al otro como en “Germánicos contra bereberes”.

<sup>69</sup> J. A. Primo de Rivera, “Germánicos contra bereberes”, *op. cit.*

<sup>70</sup> E. Laclau, *La razón populista*. Buenos Aires, FCE, 2005. p. 108.

<sup>71</sup> J. Rancièrre, *La Mésentente*. Paris, Éditions Galilée, 1995. p. 39.

<sup>72</sup> E. Laclau, *La razón populista*. *op. cit.*, p. 108.

<sup>73</sup> M. Foucault, *Defender la sociedad*. *op. cit.*, p. 204.

<sup>74</sup> J. A. Primo de Rivera, “Germánicos contra bereberes”, *op. cit.*

<sup>75</sup> *ibidem*.

<sup>76</sup> E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*, *op. cit.*, p. 118

<sup>77</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>78</sup> E. Laclau, *La razón populista*, *op. cit.*, p. 57.

Aunque en “Germánicos contra bereberes” la oposición está dada de antemano, lo bereber no siempre ocupa una posición popular de sujeto. Hay que distinguir el odio bereber hacia las instituciones de la constitución de un sujeto político: José Antonio, recordando el periodo que va desde la reconquista hasta su época, describe el odio rabioso del pueblo vencido; este pueblo aplastado que no se deja dominar no siempre está en la posición de un sujeto popular, esto es, no siempre se considera unido en un marco específicamente político de lucha; los afectos del odio, aunque políticos, no siempre son capaces de articularse políticamente. Este odio se politiza desde lo que él llama la izquierda, que es una corriente crítica de la dominación germánica. Los intelectuales de izquierda traducen ese odio en una fuerza revolucionaria que cristaliza en la guerra. De hecho, el artículo no puede comprenderse sin el contexto de la guerra civil española, verdadera rebelión de las masas bereberes que, politizadas, aspiran a destruir la hegemonía germánica. La guerra civil es el momento culmen de este antagonismo social, pues es el momento en el que se produce la construcción de un sujeto popular-igualitario asociado racialmente a lo bereber que aspira a convertirse en hegemónico.

En conclusión, la contrahistoria joseantoniana dibuja una cartografía de sujetos antagonicos en un espacio político escindido que permite la identificación de la izquierda con el bando de los vencidos, los bereberes, no sólo para avivar el conflicto latente que constituye lo español, sino para dar lugar a una apropiación sentimental y política. Es desde esta posición que puede ser elaborada, no ya una posición popular de sujeto —puesto que no nos encontramos en la coyuntura joseantoniana—, sino una identificación histórica con unos heterodoxos bereberes vencidos, como propone Alba Rico, que al no estar delimitados por una frontera dada por la raza pueden incorporar otro tipo de relatos y de demandas alternativas para crear una nueva fuerza hegemónica desde la izquierda igualitaria que atraviese genealógicamente lo español.

## Bibliografía

- Alba Rico, S., *España*, Madrid, Ediciones Lengua de Trapo, 2021.
- Antón y Ferrándiz, M., *Razas y tribus de Marruecos*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903.
- Balibar, É., “Le Hobbes de Schmitt, le Schmitt de Hobbes” en Schmitt, Carl, *Le Léviathan dans la doctrine de l'État de Thomas Hobbes. Sens et échec d'un symbole politique*, Paris, Éditions du Seuil, 2002.
- Foucault, M., *Defender la sociedad. Cursos en el Collège de France, 1975-1976*. México, FCE, 2001.
- Gimenez Caballero, E., *Genio de España*, Madrid: Ediciones Jerarquía, 1938.
- Gómez Molina, A., *Las gafas de José Antonio*. Madrid: Ed. Actas, 2003.
- Goode, J., *Impurity of Blood: Defining Race in Spain, 1870-1930*. Baton Rouge, LA, Louisiana State University Press, 2009.

- Laclau, E., *La razón populista*, Buenos Aires: FCE, 2005.
- Laclau, E; Mouffe, C., *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*, Londres, Verso, 2001.
- López García, J. A., “La presencia de Carl Schmitt en España” in *Revista de estudios políticos*, n.º 91, 1996, págs. 139-168.
- Monod, J.-C., *Penser l'ennemi, affronter l'exception*, Paris, La Découverte, 2016.
- Mouffe, C., *The Democratic Paradox*, Londres, Verso, 2005.
- Mouffe C.; Errejón, Í., *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona, Icaria, 2015.
- Ortega y Gasset, J., *Meditaciones del Quijote* in *Obras Completas* tomo III. Madrid, Revista de Occidente, 1966.
- , *España invertebrada* in *Obras Completas* tomo III, Madrid, Revista de Occidente, 1966.
- , *La rebelión de las masas* in *Obras Completas* tomo IV, Madrid, Revista de Occidente, 1966.
- Preston, P., *El holocausto español*, Barcelona, Debate, 2011.
- Rancière, J., *La Mésentente*, Paris, Éditions Galilée, 1995.
- Primo de Rivera, J. A., “Germanos contra bereberes”, *Razón española: Revista bimestral de pensamiento*, 57, 1993, pp. 7-16. Versión digital en El Manifiesto.com <https://elmanifiesto.com/identidad/331594593/Jose-Antonio-y-la-Reconquista-Germanos-contra-bereberes.html> (Consultado junio, 2023).
- , “España y la barbarie”, Conferencia en el teatro Calderón de Valladolid. *Libertad* (Valladolid) 124, 4 de marzo <https://filosofia.org/his/ja/c407.htm> (Consultado junio 2023).
- , “Al volver”, *La Nación*, 23 de octubre de 1933.
- Redondo, O., “El regreso de la barbarie” en *JONS Antología*, Barcelona, Imp. Altés, 1939.
- Romero Samper, J., “Algunas refutaciones a “Germánicos contra bereberes”, 70 años de un ensayo en la prisión de Alicante” in *Revista abril*, n.º 112, 2007. <http://www.arbil.org/112jesu.htm> (Consultado junio 2023).
- Saz, I., *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003.
- Schmitt, C., *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza editorial, 2009.
- , *Sobre el parlamentarismo*, Madrid, Tecnos, 1990.
- , *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes. Sentido y fracaso de un símbolo político*, México, UNAM/ Azcapotzalco, 1997.
- Spinoza, B., *Tratado político*, Madrid, Alianza editorial, 1986.
- Vallejo Nágera, A., *Eugenesia de la Hispanidad y regeneración de la raza*, Burgos, Editorial Española, S. A. 1937.
- Villacañas, J. L., *La revolución pasiva de Franco. Las entrañas del franquismo y de la transición*, Barcelona, HarperCollins Ibérica, 2022.